

ENRIQUE GALLUD JARDIEL

ESCRITOS BIRRIOSOS
GÉNEROS LITERARIOS DE TRES AL CUARTO



Escritos birriosos: Géneros literarios de tres al cuarto

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Enrique Gallud Jardiel

© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103125

E-book: 9781524303419

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

ZORRILLA DECONSTRUIDO

COMENTARIO DE TEXTOS

No vamos a explicar aquí en qué consiste el género conocido como comentario de textos, pues seguro que los lectores se ofenderían considerando que les estábamos llamando burros. Así es que no haremos más que indicar que el comentario de textos consiste sencillamente en coger un texto y comentarlo.

Normalmente pasamos nuestra mirada por encima de las palabras que leemos y se nos da un ardite de su verdadero sentido, por lo que aceptamos cualquier cosa por peregrina que resulte. Este curioso fenómeno se da con más habitualidad ('habitualidad', ¿existe este vocablo?) en la poesía lírica, donde cualquier poeta cuco puede emplear las palabras que le apetezcan en un momento dado sin que nadie se detenga a pensar si su uso no es una soberana estupidez.

Y lo que puede decirse del lenguaje, puede decirse también del contenido.

Para ilustrar nuestra tesis, desglosaremos (perdón: deconstruiremos: hay que ser modernos) el famoso poema *Oriental*, de Pepe Zorrilla, tan frecuentemente recitado por los más repelentes niños Vicentes y zangolotinos del siglo XIX en todos los cumpleaños y reuniones familiares, obligados a ello por padres ansiosos de presumir antes las visitas de la memoria de sus vástagos.

La cosa dice así:

Corriendo van por la vega,
a las puertas de Granada,
hasta cuarenta gomeles
y el capitán que los manda.

A primera vista, nada raro se halla aquí salvo que no sepamos lo que es un gomel, que muy bien pudiera ocurrir. Pero, si no lo sabemos, no importa: nos lo podemos imaginar. La cuestión es qué hacían el capitán y sus gomeles *corriendo*. No hacían *jogging* matutino, ni huían de un incendio, ni habían gritado «¡Mariquita el último!»». Creemos entender que montaban a caballo y que, por tanto, eran sus corceles los que corrían, pero el verso no dice eso, ni mucho menos. Seguro que Zorrilla quiso decir ‘cabalgando’, pero le sobraba una sílaba y les hizo correr, sabedor de que ningún lector se daría cuenta del ridículo en el que ponía a sus personajes. Bien: nosotros sí lo hemos advertido.

Al entrar en la ciudad,
parando su yegua blanca,
dijo éste a una mujer
que entre sus brazos lloraba:

¡Ah! Aquí se confirma (tarde) que el capitán era un caballero (yegüero en este caso), porque, como habíamos supuesto, montaba al animal (animala, para no ser sexista). Como es sabido que los moros montaban sin silla y como se nos dice que la mujer iba delante «entre sus brazos», entendemos que lloraba no por otra cosa, sino del lógico dolor en sus partes bajas.

«Enjuga el llanto, cristiana,
no me atormentes así,
que tengo yo, mi sultana,
un nuevo Edén para ti.»

Deducimos de estos versos varias cosas: que el capitán de gomeles ha raptado a una señora, que los llantos de la susodicha se le hacen inaguantables y le atormentan (¡natural!, porque la tiene abrazada y la otra le va gimoteando en el oído) y que él espera que el sofoco se le pase cuando vea lo que le tiene preparado. Lo describe a continuación:

«Tengo un palacio en Granada,
tengo jardines y flores,
tengo una fuente dorada
con más de cien surtidores.»

Aquí el raptor resulta redundante. Si tiene jardines, es innecesario decir que tiene flores, porque, si no las tuviera, ¡vaya una birria de jardines que serían! Y en cuanto a lo de los cien surtidores, ahora comprendemos de dónde les viene a los andaluces lo de ser exagerados. ¡Cien surtidores! Con todo respeto al capitán, no nos lo creemos. Ya serían algunos menos. Y si de verdad había mandado construir cien surtidores para su fuente, entonces era un imbécil que se gastó los dinares bien tontamente, pues no hacían falta tantos.

«Y en la vega del Genil
tengo parda fortaleza,
que será reina entre mil
cuando encierre tu belleza.»

No creemos que a ninguna mujer, bella o no, le entusiasme la idea de quedar encerrada en una fortaleza, ya sea a orillas del Genil, en Granada, o del río Limpopo, en la República Sudafricana, sin poder ir de compras a ningún sitio. Pero, ¿quién sabe? A lo mejor el hombre tenía razón. Quien dijo mujer, dijo misterio.

«Y sobre toda una orilla
extiendo mi señorío;
ni en Córdoba ni en Sevilla
hay un parque como el mío.»

Estos versos son pura fanfarronada, fruto de la rivalidad regional, ya muy arraigada en la época en que se ambienta la historia. No creemos que la cristiana quede muy impresionada.

«Allí la altiva palmera
y el encendido granado,
junto a la frondosa higuera
cubren el valle y collado.»

Salvo que en esta relación de árboles se quiera ver rebuscadamente alguna connotación fálica, dudamos que esta enumeración entusiasmara lo suficiente a la joven como para que aceptara los requerimientos amorosos del capitán.

Y, a todo esto, ¿dónde estaban para entonces los cien gomeles? ¿Se habían ido a sus casas a darse un baño y cambiarse de ropa o estaban aún allí viendo los intentos de seducción de su caudillo para luego poder hacer chistes a su costa? El autor no lo dice.

«Allí el robusto nogal,
allí el nópalo amarillo;
allí el sombrío moral
crecen al pie del castillo.»

Esto es más de lo mismo y la presunta seducida se debería estar preguntando para entonces de qué le iban a servir a ella tantos árboles y si el moro no tenía nada mejor que ofrecerle para llevarla al catre.

«Y olmos tengo en mi alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
tengo pájaros que cantan.»

Cuando el capitán se decide a acabar con la lista de árboles y empieza con la de animales, a la cristiana se le cae el alma a los pies y se angustia sobremanera ante el rato de aburrimiento que le espera como el otro siga por esos derroteros.

(INCISO.—Una cuestión que nos hacemos y que antes se nos había pasado: ¿cómo pudo pagarse el moro su palacio en Granada y su fortaleza a orillas del Genil con su sueldo de capitán?).

«Y tú mi sultana eres;
que desiertos mis salones
están, mi harén sin mujeres,
mis oídos sin canciones.»

Aquí ya parece que el capitán renuncia a enumeraciones zoológicas y se centra en el proceso de seducción propiamente dicho. Pero, de sus palabras deducimos que o bien era bastante tacaño o estaba a dos velas morunas, tras haberse gastado los cuartos en hacer los palacios, porque con un poco de *cash* podía muy bien haber tenido chicas en su harén y músicos que le cantaran: esas carencias se solucionan muy bien apoquinando la pasta.

«Yo te daré terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia te traeré velos,
y de Cachemira chales.»

Esto es ya más lógico. Intenta camelar a la gachí con la tentación de los trapitos y otras cosas de chicas. Sólo que ella tendrá que esperar bastante, pues para que te llegue un chal que encargues en Cachemira tienes que aguardar un montón de meses y, a poca mala suerte que tengas, igual algún bandido ataca la caravana que trae tu chal y te tienes que esperar hasta el siguiente envío.

«Yo te daré blancas plumas
para que adornes tu frente,
más blancas que las espumas
de nuestros mares de Oriente;»

Creemos que en este verso Zorrilla patina, pues llevar plumas en la frente es cosa de sioux o de cheyennes. En cuanto a que sean más blancas que las espumas, no es algo especialmente difícil, pues esos mares arrastran mucha porquería y las espumas tienen un tono entre gris y marrónáceo.

«y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello;
para los labios... ¡amor!»

Obviamente, el capitán está convencido de que la cristiana es tonta; por eso le detalla que los collares que le regale se los debe poner en el cuello y no en otro sitio de su anatomía. Con una mujer medianamente lista no habría hecho falta tal especificación. Pero entendemos que a las bellas se les perdonan muchas cosas.

«¿Qué me valen tus riquezas»,
respondióle la cristiana,
«si me quitas a mi padre,
mis amigos y mis damas?»

No sabemos si es una pregunta retórica la que ella le hace o una indirecta para que el moro se llevase a su padre, a sus amigos y a sus damas a vivir con ellos a mesa y mantel puesto, con todos los gastos pagados. Como fuere, la treta no surte efecto y el capitán no se ofrece a cargar con todos los parientes de la joven que, conociendo la situación de la época, debían de comer como limas.

«¡Vuélveme, vuélveme, moro,
a mi padre y a mi patria,
que mis torres de León
valen más que tu Granada!»

Por estos versos entendemos que la cristiana se lavaba más bien poco y que se hallaba recubierta por una costra de mugre que la protegía del frío de León, porque de otra manera no se explica que no quisiera quedarse en Granada, donde hace tanto solecito y se está tan bien.

Escuchola en paz el moro,
y manoseando su barba,
dijo, como quien medita,
en la mejilla una lágrima:

Viendo lo que hay, el moro se lo piensa y empieza a admitir la posibilidad de haber cometido un error supino al raptar a aquella prójima. Lo de la barba es un detalle que no podía faltar. Por otra parte, lo de la lagrimita es un recurso fácilón que emplea Zorrilla para conmovernos, pero que nos da una clave sobre algo que antes nos preguntábamos: los cuarenta gomeles ya no estaban allí, pues de haber estado el capitán no habría llorado, so pena de convertirse en el hazmerreír perpetuo de la tropa.

«Si tus castillos mejores
que nuestros jardines son,
y son más bellas tus flores,
por ser tuyas, en León,»

El hombre no puede evitarlo y deja escapar un punto de sarcasmo, porque es obvio que un palacio es mejor y más cómodo que un castillo y hace falta ser muy bruta para no saberlo. La sospecha del moro de que ella es imbécil se convierte ya en absoluta certeza. Ello le hace tomar una de las decisiones más sabias de su vida:

«y si diste tus amores
a alguno de tus guerreros,
hurí del Edén, no llores:
¡vete con tus caballeros!»

Nos resulta imposible no pensar que ese «¡vete con tus caballeros!» equivale a «¡vete a hacer gárgaras!» o cualquier otra variedad idiomática más enfática y de peor gusto.

Y dándole su caballo
y la mitad de su guardia,
el capitán de los moros
volvió en silencio la espalda.

Antes de analizar el clímax de la historia hemos de hacer notar que nos habíamos equivocado en un aspecto de la interpretación del verso; los cuarenta gomeles siguen allí, a la espera de las órdenes de su jefe, que consisten en que la mitad de ellos acompañen de vuelta a la cristiana hasta León. Es decir: todos han presenciado la escena, las enumeraciones botánicas, las calabazas de la joven, la lagrimilla y lo demás, con lo cual ya están todos pensando cuchufletas y riéndose por lo bajini del jefe moro.

¿Y la joven?

Pues tendrá que subirse al caballo, imaginamos, y volverse a su tierra cristiana. De Granada a León hay unas ciento ochenta y dos leguas castellanas, que vienen a ser setecientos sesenta y tantos kilómetros. Se pueden recorrer tranquilamente y sin apurarse demasiado en tan sólo veintitrés días de cabalgada. No queremos hacer comentarios sobre el efecto de tal trayecto sobre las posaderas de la joven, pues sería de mal gusto.

TÉCNICAS PARA ESCRIBIR PARODIAS

SIN TENER QUE PENSAR MUCHO

CLASE MAGISTRAL

Una clase magistral no es otra cosa que una clase vulgar y corriente impartida por un profesor muy presumido y con muy buena opinión de sí mismo. No se diferencia en ninguna otra cosa. Si consigues impartir muchas y darte suficiente importancia, a lo mejor alguien las recoge y publica, con lo que puedes llegar a convertirte en un José Ortega y Gasset a los ojos de los ignorantes sin tener que escribir nada.

El sistema de la elaboración de la parodia es harto sencillo. Consiste en partir de una frase seria e ir introduciendo elementos varios. Lo veremos con ejemplos, porque estamos convencidos de que a la mayoría de la gente la teoría les resbala, cuando no les repugna.

Tomemos la frase «**Julio César escribió *La guerra de las Galias.***»

Podemos añadir el elemento de *vanidad*. Las debilidades humanas son siempre causa de risa, ya lo dijo Aristóteles en su día. La frase quedaría, por ejemplo, así:

«**No contento con ser el general y político más famoso de su tiempo, Julio César quiso que tampoco se le escapara la gloria literaria y fue y escribió *La guerra de las Galias.***»

Ahora bien, si no era un buen escritor, pasarían cosas:

«Julio César escribió *La guerra de las Galias*, pero la obra, lamentablemente, estaba llena de faltas de ortografía.»

De esta manera, la historia se puede ir complicando:

«Un esclavo inoportuno —que era más culto que César— le indicó los errores a su amo. César, rojo de ira porque alguien hubiera descubierto sus carencias literarias, mató al esclavo, arreándole siete puñaladas cerca del occipucio.»

Pero los esclavos son cotillas por naturaleza y, para entonces, toda la servidumbre de César estaba al tanto de su frustrada carrera de escritor:

«Como todos sabían lo de su mala ortografía, César se vio en la necesidad de asesinar asimismo al resto de sus esclavos y acabó lavándose él mismo los calcetines. Además, tuvo problemas para explicárselo a su mujer, Calpurnia, quien, al enterarse, puso el grito en el cielo y le mandó a dormir al triclinio, que estaba muy duro.»

Si en la primera escena de una comedia, por ejemplo, presentamos a César haciendo la colada y luego le contamos al público lo que le había sucedido, la desmitificación es completa: nunca más nos podríamos tomar en serio al tal señor, por muchas provincias que conquistara para el Imperio.

Experimentemos con otros elementos añadidos a la frase original. ¿Qué tal la *mala memoria*?:

«Cuando Julio César se dispuso finalmente a escribir *La guerra de las Galias* —un proyecto acariciado durante muchos años y muchas veces pospuesto a causa de tareas más urgentes—, ya había transcurrido mucho tiempo y no se

acordaba de casi nada de lo que había pasado, pues se le mezclaban en la mente recuerdos de unas guerras y otras. Así es que optó por inventarse las batallitas y ponerles nombres geográficos verosímiles, a ver si colaban. Lo malo fue que otros generales que habían combatido a su lado sí se acordaban de los sucesos —porque muchos tenían heridas que les dolían un montón cuando iba a llover que se encargaban de recordárselos— y proclamaron a los cuatro vientos que César era un embustero de marca mayor. El asunto llegó a oídos del Senado, donde se dijeron cosas muy feas unos a otros.»

Una escena en la que el Senado romano pilló a un político contando trolas (algo quizá común hoy en día pero muy reprobable entonces) es también un magnífico arranque para una comedia humorística.

Probemos ahora con el muy humano rasgo de la *perversidad*:

«Es sabido que Julio César odiaba a los niños, ya que todos se reían al verle porque, además de ser calvo, tenía las narices muy grandes. Quiso vengarse de ellos, aunque no se le ocurría cómo. Finalmente tuvo una idea feliz y escribió *La guerra de las Galias*, un libro aburridísimo y en un latín infumable. Él contaba (y así fue, en efecto) con que durante muchos siglos su nombre sería venerado por todos los generales ambiciosos y que se obligaría a los niños de muchas épocas y países a aprender latín y a traducir el dichoso libro. La moraleja es que no debes reírte nunca de las narices de nadie, porque hay gente muy vengativa por el mundo.»

Podríamos seguir y seguir indefinidamente, pero estamos seguros de que nuestros amadísimos lectores ya se han hecho una idea bastante aproximada de cómo funciona esto de escribir parodias.

